

## AL CRISTIANO LECTOR.

Era tan grande el celo de la salvacion de los hombres, que el Apóstol tenia (a), mayormente de aquellos que segun la carne eran sus hermanos, que hace un juramento selemne, trayendo por testigo al Espiritu Sancto, en que declara la grandeza del dolor, y la tristeza continua que padecia por la ceguedad dellos, y que tomara por partido ser él anatema de Cristo porque ellos se salvaran (b). Y con haberle ellos perseguido tan cruelmente, y azotádole cinco veces, sin hacerle gracia mas que de un solo azote, él se ofrecia por ellos á lo dicho, y con esto hacia continua oracion por ellos. A cuya imitacion no han faltado algunos graves doctores, así antiguos como modernos, los cuales tocados deste mismo espíritu, y deseandó la salvacion destas ánimas, han escrito libros, donde muy de propósito pretenden probar ser el Mesias Cristo nuestro Salvador y Señor, y ser ya venido, y haber cesado las figuras y sombras de la ley, llegada la luz de la verdad. Y para probar esto, ponen en forma los argumentos y objeciones de los maestros dellos, para responderles, y impugnan las exposiciones violentas y torcidas con que ellos huyen de la luz de la verdad, mostrando claramente la falsedad dellas. Y porque este argumento está ya tratado por tan claros ingenios, no me quise yo entremeter en ello; sino antes procedo aquí llanamente, alegando las profecias que tratan de lo que habia de obrar el Salvador cuando viniese al mundo, y las otras señales de su linaje, y concepcion; y nacimiento, vida y muerte, con todas las circunstancias della, sin responder á las falsedades con que los rabinos falsifican estas profecias: solamente me detuve en la profecia de Esaias, del cap. 53, que trata de la pasion de nuestro Redemptor (la qual ellos aplican á los trabajos que su pueblo padece en este tan largo captiverio), porque es tan falsa, que un niño verá que cuasi todas las clausulas della manifiestamente contradicen á la tal exposicion: para que por esto vea quien tuviere ojos, cómo ellos los cierran á la luz del mediodia. Así que en sola esta profecia, y en otras dos ó tres, que eran breves y fáciles de confutar, me detuve un poco. Las demas dejé á los doctores que (como dije) trataron de propósito este argumento. Tambien las objeciones que ellos ponen para perseverar en su error, propuse simplemente por medio de un catecúmeno: las cuales él propone mas por via de preguntas para ser enseñado, que de argumentos para impugnar la verdad. Con esta llaneza y claridad quise tratar esta materia, porque la verdad simplemente propuesta, á veces tiene mas fuerza por sí misma, que con muchos argumentos. Y tambien, porque son tantas y tan claras las obras y las señales que el Espiritu Sancto nos dejó en la Sancta Escritura para conocer al Salvador cuando viniese, que una sola parte dellas basta para que lo conozca quien no estuviere totalmente obstinado y ciego. Mas si para estos no bastaren, bastarán para los que estuvieren mas dóciles y capaces de doctrina, que no serán pocos; pues nuestro Señor desea que todos se salven, y vengan al conocimiento de la verdad, como dice el Apostol (c). Y por esta misma razon no me entremeti en confutar muchas maneras de errores, que los que están ciegos tienen: sino solo toqué aquellos que todo el mundo sabe. Porque no hay hombre tan rudo que no sepa que los judios esperan por su Mesias, y creen que ha de ser un rey muy poderoso, que ha de conquistar por armas el mundo; y que guardan el sábado, y las otras cerimonias de la ley, y otras cosas tales. Porque como estas cosas se publican en todos los autos del Sancto Oficio (á que tanta gente acude), nadie ignora esas cosas. Así que no desayunamos aquí á nadie de errores que no sepa, pues estos son tan notorios.

En el misterio de la Sanctísima Trinidad, que los que están obstinados niegan, tampoco me entremeti en tratarlo con razones (como hace Ricardo de Sant Victor), sino porque todo cristiano está obligado á creer explícitamente este misterio (como los otros artículos de la fe), convenia declarar lo que debemos creer; porque oyendo decir Padre, y Hijo, y engendrar, no concibiésemos alguna cosa corporal, y indigna de tan grande Majestad. Lo demas deste capitulo se gasta en humillar y abatir el entendimiento humano, para que no piense que no puede ser lo que él no puede entender; pues es cierto (como el Filósofo dice) que nuestro entendimiento es tan inhábil y tan ciego para entender las cosas altísimas de Dios, como los ojos de la lechuzca para ver la lumbre del sol. Y pues no conoce la substancia del ánima, que dentro de sí trae, ¿cómo conocerá el mas alto secreto que está sobre todos los cielos? Y por esta causa no se nos manda que lo entendamos, sino que lo creamos: para que nuestra fe sea tanto mas meritoria, cuanto mas levantada está sobre toda razon humana.

(a) Rom. 9. (b) 2. Cor. 11. Deut. 25. Act. 14. 21. 27. (c) 1. Tim. 2.

Movíme á tratar esta materia para consolacion y confirmacion de todos los fieles en nuestra sancta fe (que es el principal intento deste libro), y señaladamente de los que ha traido nuestro Señor de qualquiera otra religion á la nuestra. Y digo de todos los fieles en general, porque las profecias que tratan de Cristo nuestro Señor, y el cumplimiento y verificacion dellas, no solo convertian á los que daban fe y crédito á las sanctas Escrituras, sino tambien á los gentiles, como parece por el cap. xvii de los Actos de los Apóstoles (d), donde se escribe, que disputando Sant Pablo en la ciudad de Tesalónica, y probando por la Escritura lo que toca al misterio de Cristo; gran número de gentiles, y de mujeres nobles creyeron en él. Porque considerando por una parte las profecias antiguas, y viendo por otra en su tiempo el cumplimiento de muchas dellas, conocian que aquello no podia ser sino por virtud de Dios: el cual solo sabe las cosas advenideras, que no penden de las estrellas; sino del libre albedrio del hombre. Y si esto bastaba en aquel tiempo para convencer los entendimientos de los gentiles, ¿cuánto mas bastará agora, donde vemos el cumplimiento de otras profecias mas universales, y de cosas mucho mayores? Porque deste Señor estaba profetizado (e), que habia de desterrar la idolatria del mundo, que en todo él reinaba; y que habia de traer los hombres al conocimiento del verdadero Dios (f); y que los ministros que habian de acabar estas dos cosas tan grandes, habian de salir de la ciudad de Hierusalem (g); y sobre todo esto, que esta ciudad con aquel famosísimo templo y república de Judea, habia de ser destruida en castigo de la muerte del Salvador, como lo profetizó Daniel (h) con palabras mas claras que la luz del mediodia. Lo cual todo punto por punto vemos cumplido con el general destierro y captiverio de toda la gente deste reino, que está esparcida por todo el mundo, sin rey, sin templo, sin altar, sin sacerdote, sin sacrificios, sin figura ni órden de república, y sin tener una almena que sea suya: habiendo sido uno de los esclarecidos reinos del mundo, y mas antiguo que el de los romanos. Pues quien ve cosas tan grandes tantos mil años antes profetizadas, y agora las ve tan perfectamente cumplidas, ¿cómo puede dudar que sea Dios quien pudo acabar cosas tan grandes, y profetizarlas tantos años antes que fuesen? Por lo cual con mucha razon decimos (i) que esta doctrina generalmente aprovecha para confirmar en la fe á todos los fieles. Lo cual cuánto sea necesario en estos tristes tiempos, las tempestades que hoy dia padesce la fe, bastantemente lo declaran.

Mas particularmente aprovechará esto á los que de la ley antigua han pasado á la fe del Evangelio, que son muchos. Porque (como San Hierónimo dice (k) en el Epitafio de Nepotiano) nuestro Señor con el título real de la Cruz (que estaba escrito con letras latinas, griegas y hebreas), dedicó para sí las naciones destas tres lenguas. Y uno de los grandes triunfos de Cristo es haber sido recibido su Evangelio, no solo en naciones de bárbaros, sino en estas tres tan principales naciones del mundo: que es en Roma, donde estaba la silla del Imperio; y en Grecia, donde estaba la escuela de la sabiduría; y en Judea, donde estaba el conocimiento del verdadero Dios. Lo cual vimos luego en la primitiva Iglesia, donde en la ciudad de Hierusalem por una predicacion de Sant Pedro se convirtieron tres mil ánimas, y por otra cinco mil (l); y cada dia iba creciendo el número de los fieles, no solo en esta ciudad, sino en todas las comarcas. Ca por eso iba Sant Pablo antes de su conversion á la ciudad de Damasco con provisiones del summo sacerdote, para encarcelar y prender á todos los fieles que hallase en ella, hombres y mujeres. Y la vida destes nuevos fieles era, como escribe Sant Lucas (m), perfectísima; porque todos dice que tenian un ánima y un corazon en Dios, y todos se desposeian de sus haciendas, y las ponian á los piés de los apóstoles, para que por ellos se repartiesen á quien mas necesidad tuviese. Y fué tal su sanctidad, que queriendo el Apóstol alabar á los fieles de Tesalónica (n), les dice que ellos habian sido imitadores de las iglesias de Dios que estaban en Judea, porque las mismas persecuciones habian padecido de sus naturales, que aquellos de los suyos. Y en la epístola á los mismos hebreos (o) los alaba, diciendo que habian sufrido el robo y despojo de sus haciendas, no solo con paciencia, sino tambien con alegría, acordándose que tenian en el cielo otra hacienda mas segura.

Y en esta sinceridad de fe y religion perseveraron los fieles de aquella nacion, aun despues de la gran mortandad y destruicion de Hierusalem, hasta los tiempos del emperador Adriano, que imperó despues de Trajano. Y en todo este tiempo se cuentan quince sucesiones de obispos sanctísimos desta misma nacion: como lo escribe Eusebio en el 4.º lib. de la Historia Eclesiástica, cap. 1. Esto vimos en aquellos tiempos. Ni ha faltado la mano liberal de aquel Señor, que no es aceptador de personas: el cual, como dice Sant Augustin (p), trae los hombres á sí por muchas maneras, Y así ordenó él, por industria y sancto celo de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, entrase en la red de Sant Pedro un gran número destes pescos, confesando la fe de nuestro Redemptor, y perseverando en ella tantos años ha, donde habemos visto entre ellos hombres señalados en fe, letras y virtud. Lo mismo vemos en estos reinos de Portugal, aunque mas tarde; porque fué despues en tiempo del rey Don Manuel, de gloriosa memoria: el cual movido con este mismo celo de la fe, usando de grande benignidad

(d) Act. 17. (e) Esai. 2. (f) Psalm. 110. (g) Esai. 2. (h) Daniel, 5. (i) Aug. 16. de Civit. Dei. (k) Hieron. (l) Act. 2. 4. (m) Act. 2. (n) 1. Thess. 2. (o) Hebr. 10. (p) Confess. lib. 8. cap. 1.

y magnificencia con los hombres desta nacion (que de Castilla habian aqui venido), acabó con ellos que recibiesen la fe de nuestro Señor, y se bautizasen, esperando que el tiempo, y la doctrina, y la fuerza de la verdad acabaria con ellos que tomasen muy de corazon lo que entónçes acceptaban por sus ruegos. Lo cual succedió de la manera que el buen Rey pensaba; pues vemos de la manera que ha procedido, y crecido la fe en este reino. Porque los que eran zizania, desampararon la tierra, y se fuéron á otras partes; mas el trigo se quedó en la era, que es en la tierra de los fieles.

Pues concluyendo esta parte, digo que la doctrina desta escriptura sirve generalmente para confirmar todos los fieles en la fe, y particularmente á los que de otra religion vinieron á la nuestra. Los cuales no dudo que recibirán grandísima consolacion con esta escriptura, leyéndola con humildad y simplicidad; porque verán tan claros los fundamentos de la fe que profesan, por el testimonio de las sanctas Escripuras, que tendrán por qué dar infinitas gracias al Señor por este summo beneficio, que sirve no solo para la salvacion de sus ánimas, sino tambien para conservacion de su hacienda, vida y honra, y de toda su posteridad; porque á los que tienen su fe y amor puesto en Dios, todas las cosas ordena él para su bien.

## CUARTA PARTE

DE LA INTRODUCCION

# DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL, PROCEDIENDO POR LUMBRE DE FE, SE TRATA DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION.

Va repartida esta parte en dos tratados: en el primero se ponen las susodichas profecias, y señales para conocer la venida del Salvador; y en el segundo se responde, por via de diálogo, á las preguntas y objeciones que acerca deste misterio se pueden hacer.

### CAPITULO PRIMERO.

De la manera de proceder en esta cuarta parte.

Dos lumbres comunica nuestro Señor á todos los cristianos para que lo conozcan: la una es de razon, y la otra de fe: la una es natural, y la otra sobrenatural: la una humana, y la otra divina; mas ambas son hijas de Dios, porque ambas proceden de un mismo principio (que es el mismo Dios), la una por via de naturaleza, y la otra de gracia. La lumbré de fe se infunde en el entendimiento al punto que el hombre es bautizado; y no se pierde por cualquier pecado, si no es contrario á ella. El conocimiento desta lumbré es tan cierto, tan firme y tan infalible como el mismo Dios, porque se funda en su verdad y palabra, la cual es imposible faltar; mas con toda esa firmeza en esta vida es oscuro, porque la claridad dél se guarda para la otra. Mas el conocimiento de la lumbré natural de la razon; aunque ni es tan firme, ni tan cierto como el de la fe, puede tener claridad, cuando lo que predica la fe de algunas verdades, testifica tambien la lumbré de la razon. Y desta manera se prueba la inmortalidad del ánima, y la providencia que Dios tiene de todas las cosas. Es pues agora de saber que en el libro pasado, supuestos los principios de la fe, nos ayudamos de la lumbré de razon, declarando cómo todas las cosas que predica la fe acerca del misterio de nuestra redempcion, no solo no son contrarias á la razon, mas ántes son grandemente conformes á ella. Mas en el presente procedemos por sola lumbré de fe, que es mas perfecta, refiriendo todos los testimonios de la Escripuras sanctas y particularmente de los profetas, para declaracion y confirmacion del misterio de nuestra redempcion, y de la venida del Salvador al mundo; la cual suficientísimamente se prueba por las sanctas Escripuras.

### CAPITULO II.

Del primer principio y causa de nuestra redempcion, que fué la inmensa bondad de nuestro clementísimo Criador y Señor; y del fin para que crió al hombre.

Que sea Dios un abismo, y un mar Océano de infinitas grandezas y perfecciones, no solamente la fe católica,

mas tambien la filosofia humana, y el consentimiento comun de todas las gentes lo conoce. Porque todas confiesan ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Entre estas perfecciones suyas no hay una mayor, ni menor que otra; porque á todas ellas comprehende y abraza la naturaleza simplicísima de su divinidad. Mas con todo esto (á nuestro modo de entender) la bondad es la mas alabada y mas gloriosa; y digo á nuestro modo, porque si un hombre fuere extremado en muchas excelencias y artes, y no fuere virtuoso, no le llamamos bueno; y si solamente fuere virtuoso, aunque todo lo demas le falte, á boca llena le llamamos bueno. Pues por esta causa decimos que á nuestro modo de entender, la bondad tenemos en Dios por mas gloriosa, de la cual nace la misericordia. Y esta es de la que él mas se precia, y que mas en todas sus obras declara: de las cuales siempre es la causa su bondad. La cual llama á las mas virtudes y grandezas suyas (como son su infinito poder y saber) para la ejecucion destas obras. Por esta bondad crió el mundo, por esta lo gobierna, por esta sufre tantas ofensas como se cometen contra su sancto nombre. Por esta sin cesar reparte sus beneficios al mundo, haciendo nacer su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecadores. Por esta finalmente tiene especial providencia de todas las criaturas, guiándolas por convenientes medios á los fines que por esta misma bondad les fuéron señalados. Todas estas cosas tienen por principio y causa esta inmensa bondad del Criador. Y así todas ellas la testifican con la fábrica admirable de sus cuerpos, y con la conveniencia de sus obras.

Pues como, segun la doctrina de Sant Dionisio (a), la naturaleza del bien sea ser comunicativo de sí mismo y de todos sus bienes (como lo es el sol de su luz, y de su virtud), síguese que el summo bien ha de ser sumamente comunicativo de sí mismo, y á esta comunicacion pertenece hacer á todas las cosas, cada una en su grado, participantes de su bondad y felicidad. Pues esta fué la causa de hacer este Señor tantos bienes á sus criaturas, y no alguna necesidad ó particular gloria, que se

(a) De Divin. Nom. cap. 4.